

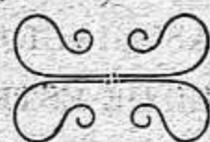
Año LXII—15 de Enero de 1914—Núm. 2



BOLETIN ECLISIÁSTICO

DEL

Obispado de Astorga



ASTORGA:

Imp. y Lit. de Nicesio Fidalgo
Seminario, 3.

1914

NOS EL LIC. D. ANTONIO SENSO LÁZARO,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓ-
LICA OBISPO DE ASTORGA, CAPELLÁN DE HONOR DE SU
MAJESTAD, CONDECORADO CON LA CRUZ BLANCA DEL MÉ-
RITO MILITAR, ETC., ETC.

A NUESTROS VENERABLES HERMANOS EL DEÁN Y
CABILDO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL, A LOS
ARCIPRESTES, PÁRROCOS, ECÓNOMOS, COADJUTORES
Y DEMÁS SACERDOTES DIOCESANOS, A LOS SUPERIO-
RES, CATEDRÁTICOS Y ALUMNOS DE NUESTRO SEMI-
NARIO CONCILIAR, A LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS
DE UNO Y OTRO SEXO, A LAS COFRADÍAS, HERMAN-
DADES Y ASOCIACIONES CATÓLICAS Y A TODO EL
PUEBLO FIEL DE ESTE OBISPADO

Salud, paz y gracia en nuestro Señor.

Venerables Hermanos é Hijos carísimos:

I.

Cuando en cumplimiento de los piadosos de-
beres que el ministerio canonical impone Nos ha-
llábamos tranquilamente consagrados en la corte

de España a cantar cuotidianamente las alabanzas del Señor, y cuando por deseo y expresa voluntad de quien hasta hace poco tiempo fué superior celosísimo Nuestro Nos dedicábamos a la formación sacerdotal y a la paternal vigilancia de los jóvenes levitas del Seminario de Madrid, fuimos un día sorprendidos con el aviso de que la Providencia divina quería separarnos de aquellas suaves obligaciones y de aquellas utilísimas tareas; que, aunque bastante pesadas para Nuestros débiles hombros, Nos sin embargo soportábamos con cierta apacible tranquilidad y con muy grande y dulce consuelo de Nuestro ánimo, por parecernos cierto que ocupados en ellas cumplíamos sin duda la voluntad del Señor.

Y al comunicársenos más tarde que por benévola indicación de Nuestro católico Monarca Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X (q. D. g.) se había fijado en Nuestra pequeñez para regir los destinos de una diócesis tan dilatada, tan importante y por tantos títulos tan ilustre y gloriosa como esta de Astorga, cierto vago temor y miedo comenzó a embargar Nuestro espíritu ante la consideración de las gravísimas responsabilidades que íbamos a contraer delante de Dios, echando sobre Nosotros una carga que Nos parecía de todo punto insoportable, y que Nos imponía además el deber de dar a Dios cuenta y razón de vuestras almas (1).

(1) Heb., 13, 17.

¿Cómo Nos atreveríamos a sentarnos en la misma sede en que se sentaron los Toribios, los Genadios y otros mil prelados, que en el transcurso de los siglos ilustraron la silla episcopal de Astorga con las luces de su ciencia y con el buen olor de su santidad? ¿Cómo osaríamos suceder a obispos de tanta ciencia como Torres Amat, de tanta actividad como Grau Vallespinós, de tanto celo apostólico como el P. Vicente Salgado y de tanta prudencia y afabilidad como el señor de Diego G. Alcolea?

Pero en medio de este Nuestro aturdimiento y vacilaciones no dejábamos de comprender que si bien es verdad que somos muy poca cosa, y que no tenemos capacidad para formar por Nuestro propio esfuerzo ningún plan de gobierno, ni siquiera el más ruin e insignificante, también lo es que de Dios puede venir Nuestra suficiencia (2); y que con la gracia de Aquel que Nos conforta lo podremos todo, como San Pablo (3); y que el Señor, que tuvo poder para hacer de la nada el cielo y la tierra, Nos dará seguramente el auxilio y la ayuda que habremos de necesitar, como de El lo esperaba también el profeta David (4).

Y con estos consoladores pensamientos de orden sobrenatural alentados, y bien informados además de que por la gran misericordia de Dios

(2) II. Cor., 3,5.—(3) Philip., 4,13.—(4) Ps., 120,2.—Ps., 123,8.

los numerosos habitantes de esta muy amada diócesis de Astorga conservais todavía para fortuna vuestra, entre otras muchas prendas y cualidades buenas heredadas de vuestros mayores, una honradez cristiana muy limpia y cabal, unida a una religiosidad muy recomendable y a una fé muy acrisolada, cuando por todas partes cunde hoy desembarazada y libre la irreligión y la impiedad, Nuestro perplejo corazón se abrió a la esperanza, y dejamos en silencio obrar a la mano de Dios (5), que puede convertir las piedras en pan (6), y que de las peñas hace brotar el agua (7), y que frecuentemente se complace en elegir con preferencia para la realización de sus planes a los ignorantes, a los débiles y a los despreciables según el mundo, con el propósito de confundir a los sabios, a los fuertes y a los poderosos; para que de este modo resalte más y se destaque mejor su poder y su gloria, y para que no pueda el hombre envanecerse nunca en la presencia de Dios, porque todo el que se gloria gloriarse debe únicamente en el Señor (8).

Y aquí Nos teneis, Venerables Hermanos é Hijos carísimos, enviado a vosotros como otro Moisés, para adoctrinaros en la ley y en los mandamientos del Señor (9; enviado a vosotros como otro Jeremias, que, no sabiendo hablar sino solamente decir *a a a* como los niños, oyó un

(5) Ps., 33,10.—(6) Mat., 4,3.—(7) Num., 20,11.—Ps., 77,16.—Exod., 17,6.—(8) I. Cor., 1,27. y sig.—(9) Deut., 4,5. y sig.

dia la voz de Dios, que le dijo: A todas partes a donde yo te envíe irás, y todo lo que yo te mande decir dirás. No temas en la presencia de nadie, porque a tu lado estoy yo siempre para librarte y para defenderte (10). Aquí Nos teneis en medio de vosotros, con Nuestra flaqueza y con Nuestros temores, os puedo yo decir como San Pablo a los de Corinto, dispuesto a enseñaros, no la ciencia profana, que es ciencia temporal y propia de los filósofos de este siglo, que perecen y se acaban, sino la ciencia divina, que no puede ser autorizadamente expuesta ni explicada por ninguno de los sabios de este mundo (11). Porque los sabios de este mundo de nadie han recibido esta misión de enseñar, que Jesucristo Nuestro Señor confió únicamente a los apóstoles, y en ellos a sus sucesores, cuando con la autoridad que de su Eterno Padre había recibido les dijo: Enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (12).

Por esto, Ven. H. e H. c., al tener hoy la íntima satisfacción de dirigiros Nuestro primer saludo paternal, lleno de afecto y de amor en Nuestro Señor Jesucristo, porque os habeis hecho ya carísimos á Nuestro corazón (13), y porque sois Nuestra gloria, Nuestro gozo (14) y Nuestra corona (15), y juntamente con Nuestro saludo de padre Nuestra primera instrucción pastoral Nos

(10) Ier., 1,5. y sig.—(11) I. Cor., 2,3. y sig.—(12) Mat., 28,19.—
(13) I. Thes., 2,8.—(14) I. Thes., 2,20.—(15) Phil, 4,1.

ha parecido que sería muy conveniente hacerlos ver en ella cómo Nuestro Señor ha sabido dar cima al plan divino referente á la marcha evolutiva del género humano, dando perpetuidad a dos de sus obras, grandiosas ambas y ambas magníficas; que son la creación maravillosa del Universo, que en el principio de los tiempos salió de las poderosas manos de Dios (16), y la admirable fundación de la Iglesia católica, que brotó del divino amoroso costado de Cristo pendiente en la Cruz (17).

Y si en la primera se ostenta maravillosamente el infinito poder del Dios Padre, creador sabio y omnipotente, en la segunda se manifiesta no solamente la tierna compasión y misericordia sin límite del Dios Hijo, redentor y salvador nuestro, sino también el dulce amor y la excelsa bondad del Dios Espíritu Santo, santificador de nuestras almas.

II.

Como Dios nuestro Señor hizo bien todas las cosas(18), Ven. H. e. H.c., cuando en el principio de los tiempos El las criara al conjuro de su potente voz (19) y por la eficacia de su divino mandato (20), así las cosas, después que fueron

(16) Ps., 8,4.—Ps., 101,26.—(17) S. Aug., *Tract. 120. in Ioan.*—S. Ioan. Chrys. *Hom. ad Neophytos.*—(18) Gen, 1,31,—(19) Ps., 32,9, (20) Ps., 148,5,

bien hechas, ordenadas perseveran en el transcurso de los siglos por la sabiduría infinita del soberano Hacedor (21); a cuyo divino servicio y supremo dominio están indefectiblemente sujetas (22) desde que recibieron el ser que tienen; dimanando de aquí, como de fuente natural y legítima, la necesaria y estrecha relación de dependencia en que todas las criaturas se hallan respecto de su Criador.

Tan universal es esta relación de dependencia, tan absoluta y tan completa se ostenta siempre en todas sus manifestaciones, que no hay ser alguno en la creación, por elevada y perfecta que sea su naturaleza, que pueda impunemente proclamar su autonomía e independencia (23) a la faz del Soberano dueño y señor de todas las cosas. Porque tuyos son los cielos, Señor, y tuya es la tierra, como canta el profeta David (24); del Señor es el mar, puesto que El lo hizo, y también la árida tierra que fundaron sus manos (25); del Señor es la tierra y todas las criaturas que la pueblan, el orbe terráqueo y todos los que moran en él (26).

Ninguna criatura osará por tanto declararse independiente del influjo y poder de Dios, sin que deje al instante de sentir sobre sí todo el peso abrumador de lo Infinito, que, cuando quiere, abate y confunde y aplasta la debilidad, flaqueza

(21) Ps., 118,91.—(22) Ps., 118,91.—(23) Ps., 18,7.—(24) Ps., 88,12.—(25) Ps., 94,5.—(26) Ps., 23,1.

y pequeñez de lo finito. En las alturas inconmensurables de los cielos, y en los primeros albores de la naturaleza creada levantó contra Dios bandera de rebelión el ser más grande que ha salido de los insondables senos del amor divino, la criatura que más vivamente reverberaba en sí los relumbrantes fulgores de la Luz increada, capitaneando multitud de legiones de ángeles que le siguieron (27). Pero la majestad soberana de Dios ahogó en fuego instantáneamente aquella primera sublevación; y *Lucifer*, que con los suyos había intentado romper violenta e imprudentemente el yugo suave que le mantenía unido a la bondad misericordiosa de su Criador, quedó más fuertemente atado y más duramente sometido al poderoso señorío de aquel Señor que tan generosamente poco antes le criara. Terrible es, Señor, tu poder, y no hay quien a él se resista (28). A la faz del poder del Señor los montes y la tierra toda se derriten, como si fueran de cera (29). Es tan grande el poder del Señor que cuando con la extremidad de su dedo toca los montes estos se incendian e instantáneamente se convierten en humo (30).

(27) Is., 14,12.19.—Apoc. 1, y sig.—(28) Ps., 75, 8.—(29) Ps., 96, 5.—(30) Ps., 103,32.

III.

Forman, pues, todas las cosas criadas que hay en el Universo, como dice la santa Escritura, a manera de un inmenso ejército (31), en el que cada ser es como un soldado, que tiene sobre sí superiores de diversos órdenes y categorías, y en el que los de la escala inferior están armónicamente unidos con los de la escala superior por los seres intermedios; de modo tal que la cadena con ellos formada ni se interrumpe ni se corta. Enlazado está el hisopo, que humilde crece en la rústica pared (32), con el angel, que de hinojos postrado en los altos cielos adora con embeleso la inmensa majestad del Señor (33). Porque el reino mineral unido está al vegetal, como el vegetal al animal, como el animal al angélico, y el angélico toca ya en las cumbres de la Divinidad. Los filósofos de la Escuela en la Edad Media expresaron esta misma verdad en pocas palabras, diciendo que lo superior de una cosa inferior se da la mano con lo inferior de una cosa superior, *supremum infimi attingit infimum supremi*. Y por esto, las conclusiones y verdades de las ciencias han venido a demostrar que el más perfecto de los minerales se asemeja al inferior de los vegetales, el superior de los vegetales al inferior de los

(31) Gen., 2,1, *texto hebreo*. — (32) III, Reg., 4,33. — (33) Apoc., 7,11.

animales, el superior de los animales al inferior de los hombres, el superior de los hombres en sus facultades anímicas al inferior de los ángeles, y el superior de los Angeles al inferior de los Arcángeles, y el superior de los Arcángeles al inferior de las Virtudes y el superior de las Virtudes al inferior de las Potestades, y el superior de las Potestades al inferior de los Principados, y el superior de los Principados al inferior de las Dominaciones, y el superior de las Dominaciones al inferior de los Tronos, y el superior de los Tronos al inferior de los Querubines, y el superior de los Querubines al inferior de los Serafines (34); y al final de los Serafines, en la cúspide, y por encima de toda esta multitud inmensa de criaturas, dominándolo todo y ordenándolo todo, está el Ser Supremo, Dios, el Criador de cielos y tierra, del mar y de todas las cosas que hay en él (35). ¡Que grande aparece la majestad y el poderío del Señor, cuando en esta gran síntesis el entendimiento del hombre junta al Criador con las criaturas (36)! ¡Qué grandiosas y magníficas son tus obras, Señor! todo lo has hecho con sabiduría suma (37). Y como es condición propia del sabio poner orden (38) en las cosas sujetas a su dominio y potestad, no hay por qué asombrarse de que exista esta encadenación y ordenamiento en los seres formados por la diestra del Altísimo,

(34) En la exposición de la jerarquía angélica seguimos el orden de San Gregorio Papa. (*Vid. Hom. 34 in Evang.*)—(35) Ps., 145,6.—(36) Ps., 8,2, (37) Ps., 103,24.—(38) Aristóteles en *Metaphys. l. 1., c. 2.*

que por esto dice el Espíritu Santo por boca de S. Pablo que no puede faltar el orden en las cosas que son de Dios (39).

IV.

Y tiene este orden, que las cosas todas de la naturaleza entera guardan entre sí, la propiedad de ser perpetuo y constante (40), y ha de durar por lo mismo tanto tiempo cuanto tenga dispuesto el sublime poder del Señor; lo cual vale tanto como decir que durará hasta el fin del mundo (41). Porque, como dice el real profeta David: Cuando tú das, oh Señor, las criaturas reciben; abres la mano, y en un momento quedan hartas de tus beneficios; pero te apartas de ellas, y ellas perecen y vuelven a la nada de donde salieron (42).

La razon de esta perpetuidad está en la naturaleza misma del orden y en su noción ó modo de ser; porque no es otra cosa este orden sino el mantenimiento de las leyes por la sabiduría divina promulgadas al tiempo de la formacion de las cosas para el buen régimen y gobierno del mundo, que por esta razon se llaman estas leyes leyes de la naturaleza. En el estudio de estas leyes, que son innumerables, se ocupan durante su vida, y algunas veces hasta con peligro de ella,

(39) Rom., 13,1.—(40) Ps., 118,91.—(41) Ecli. 3,14.—(42) Ps., 103,28,29,

los hombres de ciencia; y a escudriñar estas leyes dedica sus afanes la humanidad científica, y para formular estas leyes y para estimular a los hombres a su conocimiento y ulteriores investigaciones se han fundado academias, y se han instalado laboratorios, y se han organizado gabinetes de estudio, y se celebran asambleas, y se reúnen congresos, y cambian sus impresiones de tiempo en tiempo los sabios todos del universo entero. Esta laboriosa misión ha confiado Dios en este mundo a los hijos de los hombres, dice el Espíritu Santo (43).

Y es muy natural que esto sea así, porque cuantas veces se para el hombre a contemplar el curso de las cosas de la naturaleza, otras tantas surge espontánea en su ánimo la admiración (44), de la cual nace al punto el deseo de conocer las causas de los fenómenos que a nuestros ojos aparecen; y este deseo es el que ha dado origen en todos los tiempos a la formación de las humanas ciencias, como muy sabiamente explicó el filósofo de Estagira, a quien sigue el angélico doctor Santo Tomás (45).

Por esta razón, Ven. H. e. H. car., no hacemos más que cumplir un deber natural, que por otra parte es muy digno y muy noble, cuando consumimos el tiempo y nuestras energías en el estudio y en el cultivo de las ciencias, siem-

(43) Eccl., 1,13. — (44) Ibid., 1,8. — (45) *Metaphys.*, lib. 1.º

pre que esto sea dentro de nuestras aptitudes y personales condiciones; porque este estudio nos abrirá muchos horizontes, y nos revelará los ocultos secretos de la obra de Dios, y nos obligará después a ensalzar sus divinos atributos, y a la postre nos acercará más a nuestro Señor (46); porque, como muy acertadamente ha dicho un célebre filósofo (47), tanto nos tendrá más alejados de Dios la escasez de nuestra ciencia cuanto podrá acercarnos más a El la abundancia de nuestros conocimientos. Y es ciertamente muy digno de ser lamentado que no puedan los hombres todos andar y proceder por este camino de la ciencia, que desgraciadamente es transitado por muy pocos, y que estos pocos hayan de ir muy lentamente y muy despacio, no pudiendo llegar al descubrimiento de alguna verdad sinó despues de haberla visto mezclada con grande multitud de errores, como explica sabia y oportunamente el angélico doctor Santo Tomás de Aquino (48).

V.

Pero entre todas las obras que salieron de las manos de Dios ninguna es más grande, ninguna es más elevada, que la obra de la creación del hombre; al cual, habiendo hecho

(46) Rom., 1,20.—(47) Bacon en su *Essais*.—(48) *Sum. Theol.* 1. p. q. 1. a. 1. c.

Dios un poco inferior en naturaleza a los ángeles, ha coronado sin embargo el Señor de gloria y de honor, y le ha colocado por encima de todas las obras de sus divinas manos, poniendo debajo de las plantas de sus piés las criaturas todas, las ovejas y las vacas y toda clase de ganado del campo, las aves del cielo y los peces del mar (49), ¿Qué es, pues, el hombre, para que tan en cuenta le tenga el Señor?; ¿qué es el hijo del hombre, para que tan señaladamente le regale? (50), ¿Qué es el hombre, á quien tanta magnificencia ha conferido el Señor, y a quien tanto aproxima Dios a su corazón? (51).

No interrogueis a la filosofía, que ella no os dirá qué es el hombre, ni os dirá cuál es su naturaleza, ni os dará a conocer su origen, ni su destino, ni las leyes de su obrar, ni sus deberes, ni sus derechos. Y si por ventura juzgais atrevida esta afirmación, esperad un poco; tomad en vuestras manos una historia de la filosofía, abrid sus páginas, leed, y allí vereis cómo los más grandes filósofos de todas las edades y de todos los tiempos no acertaron a resolver los transcendentales problemas referentes a la vida del hombre. He dicho mal, la filosofía presenta en cada materia soluciones apropiadas á todos los gustos, soluciones que difieren entre sí, soluciones opuestas las unas a las otras, soluciones

(49) Ps., 8,6. y sig. —(50) Ps., 8,5.—(51) Iob 7,17.

que no llevan, que no puedan llevar consigo, el sello y marca distintiva de la verdad.

Porque los filósofos han dicho que el hombre ha brotado de la tierra como los hongos, y que se ha dado a sí mismo el ser, y que no tiene alma espiritual, y que no ejecuta operaciones que traspasen los límites de la materia, y que su destino está en este mundo, y que él mismo es el criador de sus derechos y de sus deberes, y que no hay ser alguno que esté por encima de él, y que él es el árbitro y dueño de su voluntad, y que para él todo acaba cuando él muere, y que no existe otra vida más allá de la tumba, y que es, en una palabra, igual, exactamente igual la condición del hombre a la de los otros animales (52). Estas son las afirmaciones que referentes a la naturaleza del hombre hace la filosofía, afirmaciones siempre repetidas á través de todas las edades, aunque sean ligeramente modificadas en los detalles conforme a las circunstancias de los tiempos. Así se explica cómo puedan coincidir en el fondo de la doctrina, a pesar de los centenares de años que median entre ellos, los materialistas y sensualistas de Demócrito y Epicuro con los monistas y actualistas de nuestros días.

Claro está que cuando hemos hablado de filosofía Nos hemos referido á la que prescinde de la revelación para resolver los problemas funda-

(52) Eccle., 3,19.

mentales de la misma, a la que exige para penetrar en el *verdadero* (?) conocimiento de las cosas despojarse antes de lo que ella llama preocupaciones de pretéritas edades, a la que afirma que, puesto que existe absoluta incompatibilidad entre la ciencia y la fé, será obra civilizadora y altamente educativa ir desterrando de las actuales sociedades y de los individuos aquella parte de fé revelada que sea posible, porque embrutece y retarda el progreso, para que el espacio que esta deja vacío vaya a ocuparlo la ciencia, que ennoblece, y que constantemente empuja a la humanidad hacia las cumbres del progreso y de la civilización. ¡Vana palabrería!, amados H. e H. c., porque no son la ciencia y la fé a manera de dos cuerpos, que por causa de la impenetrabilidad se estorben mutuamente para ocupar el mismo lugar, haciéndose preciso, si quisiéramos que el uno ocupara el sitio del otro, que este cediera su puesto al primero. No ciertamente, no es así.

Si quereis conocer en toda su integridad los problemas que se refieren al hombre, preguntad a la filosofía cristiana, a la filosofía de Sócrates, de Platón, de Aristóteles; *cristianizada* primeramente por S. Agustín y después por santo Tomás, *catolizada*, por decirlo así, por Vázquez, Suárez, Melchor Cano, Covarrubias, Domingo Soto y demás grandes teólogos de nuestro siglo de oro, *modernizada* en el siglo diez y nueve por nuestro Balmes, Donoso Cortés y cardenal González, y

hodiernizada en nuestros días por los neo-escó-
lásticos de la escuela de Lovaina, dirigidos por
el insigne cardenal Mercier.

Esta filosofía que se ayuda de la revelación
os dirá que el hombre es una imágen y semejan-
za de Dios (53), por Dios dotado del más perfecto
grado de vida para ostentación de su poder (54),
y para que tenga participación en la gloria del
cielo (55); que consta de dos sustancias incomple-
tas, que se juntan para formar la unidad de perso-
na; que en cuanto al cuerpo procede de la tie-
rra (56), y en cuanto al alma del mismo Dios por
espiración (57); que este alma es inmortal (58);
que el espíritu del hombre es regido y goberna-
do, como las demás criaturas, por peculiares
leyes y normas, que están por encima de él y que
son superiores a él (59), y que cuando las que-
branta se hace reo de lesa majestad divina, in-
curriendo en la indignación y desagrado de
Dios (60); que el hombre fué elevado a un estado
de perfección que dista mucho del actual; que ha
necesitado de reparación después de la caída (61);
y que está históricamente demostrado que esta
reparación se hizo y se llevó a cabo por J. C.
Nuestro Señor, Hijo del Eterno padre, Dios ver-
dadero y hombre verdadero, que habiendo en-

(53) Gen., 1,27.—(54) S. Th. *Sum. Th. 1. p. q. 72. a. unic. c.*—
(55) S. Ambros. *in Luc. lib. 5. cap. 6.*—(56) Gen., 2,7.—(57) *Ibid.*—
(58) Mat., 19,29.—25,41. 46.—(59) Ps., 36,23.—Ps., 39,3 9.—(60) Ps.,
77,17.56.—(61) Heb., 8,15.

carneado en las entrañas purísimas de la Virgen María nació en el establo de Belen, vivió 33 años en el mundo derramando bienes por todas partes (62), y que al final de su vida, para consumar la redención de la humanidad, murió en un patíbulo con muerte afrentosa (63), no sin haber dejado antes puestos los medios para perpetuar su obra, fundando una iglesia, que ha vivido hasta nuestros días, y que durará hasta la consumación de los siglos (64). Y ved aquí, H. e H. c., cómo estamos ya en el punto más importante de esta Nuestra primera instrucción pastoral.

VI.

Y en efecto, Ven. h. e h. c., mirado el hombre a la luz de estos clarísimos y consoladores principios, que informan la filosofía cristiana, aparece ya como un hombre nuevo (65), como un hombre celestial (66), totalmente transformado por virtud de algo que está sobre su naturaleza (67) y que procede de Cristo redentor nuestro, por haberlo El ganado antes con el precio de su sangre preciosísima (68), y que a los hombres no puede llegar, si no están a El íntimamente unidos como los sarmientos a la vid (69).

Los hombres unidos a Cristo nuestro Señor

(62) Act., 10,38.—(63) Mat., 27,50.—Marc., 15,37.—Luc., 23,46.—Ioan., 19,30.—Act., 13,29.—I. Pet., 3,18., etc....—(64) Matt., 16,18.—(65) Eph., 4,24.—(66) I. Cor., 15,47.—(67) I. Cor., 5,7.8.—(68) I. Pet., 1,18.19.—(69) Ioan., 15,4.

por medio de este elemento sobrenatural forman con El una sociedad tan estrecha y tan perfecta que se asemeja a un cuerpo vivo, que tiene todos los miembros unidos a su cabeza (70). Miembros múltiples y variados y con funciones diferentes, para que así resulte la armonía y unidad de todo el conjunto. Porque si todos y cada uno de los miembros fueran un determinado miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? (71); y si todos y cada uno de los miembros fueran ojos, ¿dónde estaría el oído?; y si todos y cada uno de los miembros fueran oídos, ¿dónde estaría el olfato? (72). Es preciso, por tanto, que haya pluralidad de miembros, y que todos ellos juntos formen un solo cuerpo (73); cuerpo compacto, en el que, estando bien unidos entre sí los miembros, pueda recibir cada uno en la proporción debida la savia que viene de Cristo, que es la cabeza (74).

Porque si bien es verdad que Cristo es Dios, porque es esplendor de la gloria divina y figura de la sustancia de Dios (75), y porque mereció del Eterno Padre el honor de ser llamado hijo suyo muy amado, en quien había puesto sus complacencias (76), también es cierto que Cristo es hombre, y que fué conveniente que a nosotros los hombres se asemejara en todo, pa-

(70) Eph., 4,12.15.—(71) I. Cor., 12,19.—(72) I. Cor., 12,17.—(73) I. Cor., 12,12.—(74) Eph., 4,15.16.—Colos., 1, 18.—(75) Heb., 1,3.—(76) II. Pet., 1,17.

ra que así tuviera de nosotros mayor misericordia (77). Y porque Cristo es hombre, no se desdén en llamarnos hermanos a nosotros los demás hombres (78), aunque El sea el hermano mayor, el primogénito entre todos los hermanos (79), a quien Dios, padre de Nuestro Señor Jesucristo, ha constituido cabeza sobre toda la Iglesia (80); quedando así la Iglesia sometida a Cristo, que la ha salvado muriendo por ella, para santificarla por medio del bautismo y poder presentarla gloriosa, sin mancha y sin arrugas (81).

Y así, todos los hombres que han sido bautizados y regenerados por las saludables aguas del bautismo han comenzado a formar el cuerpo místico de Cristo; que, pequeño al principio, como grano de mostaza, se hace después árbol grande, donde pueden hacer sus nidos las aves del cielo (82). Es este cuerpo místico de Cristo como aquella viña frondosa, de que nos habla el profeta David, que, plantada por el Señor, bien pronto extendió por la tierra sus raíces, y la sombra de ella llegó a cubrir los montes más cercanos, y sus cepas se empinaban como cedros, y sus sarmientos se extendían hasta el mar, y hasta el río llegaban sus ramas (83). Esto mismo es lo que había profetizado el Salmista, cuando después de decir proféticamente que Cristo había

(77) Heb., 2,17. —(78) Heb., 2,11.12. —(79) Rom., 8,29. —(80) Eph., 1,22. —(81) Eph., 5,23., etc. —(82) Matt., 13,32. —(83) Ps., 79,9. y sig.

sido establecido rey y cabeza sobre el santo monte de Sión, y que el Padre Eterno le había dicho: Tú eres mi hijo, porque hoy te he engendrado yo, añade: Pídeme, que yo te daré por herencia las naciones todas, y para posesión tuya hasta los confines de la tierra (84).

Este es el reino de los cielos, tantas veces mencionado en las Sagradas Páginas, y principalmente por san Mateo en su santo evangelio, quien con más amplitud que los otros evangelistas nos dice cómo nuestro divino Salvador explicaba frecuentemente las cualidades y prerogativas de este reino, sirviéndose para ello de multitud de parábolas y comparaciones, como la del sembrador (85) y la de la zizania (86), interpretadas ambas por el mismo Jesucristo; la del grano de mostaza (87), la del fermento (88), la del tesoro escondido en el campo (89), la del comerciante que busca margaritas (90), la de la red echada al mar (91), la de los trabajadores que van a la viña (92), la de la viña que plantó el padre de familias (93), la del rey que celebró con fiestas la boda de su hijo (94), la de las diez vírgenes (95) y la de los talentos (96)...

(84) Ps., 2,8.—(85) Mat., 13,3., y sig.—(86) Ib., v. 24. y sig.—(87) Ib.,v. 31.—(88) Ib., v. 33.—(89) Ib.,v. 44.—(90) Ib.,v. 45.—(91) Ib. v. 47.—(92) Mat., 20, 1. y sig.—(93) Mat., 21,33. y sig.—(94) Mat., 22 2. y sig.—(95) Mat., 25,1. y sig.—(96) Ib.,v. 14. y sig.

Y si bien es verdad que todas estas parábolas se refieren á la iglesia de Cristo, pero solamente algunas de ellas son aplicables, como afirma san Gregorio (97), a la iglesia militante; esto es, a la iglesia formada por los que todavía somos peregrinos en este valle de lágrimas, que es cabalmente la iglesia de que nosotros venimos hablando. Pues bien, no es este reino de los cielos un reino temporal a la manera de los reinos en que reinan los reyes de la tierra, que se instituyen y se forman con el primario fin de administrar, atender y remediar en lo posible las necesidades temporales de esta vida mortal y caduca, tal como habían concebido y esperaban el reino del Mesías los judíos carnales y los judíos incrédulos, que no quisieron convertirse a la fé de Cristo. El reino de Cristo no es un reino de este mundo, como El mismo dijo (98), sino que se ha establecido y fundado para el auxilio y remedio de las necesidades, principalmente espirituales, de los hombres en orden a la vida eterna (99); esto es, para que tuvieran los hombres una vida espiritual, de que hasta entonces habían carecido, y la tuvieran con mucha abundancia (100).

(97) *Hom. 12. in Ev.*—(98) *Ioan., 18,36.*—(99) *Ioan., 3,17.18.*—
(100) *Ioan., 10,10.*

VII.

Aunque sea principalmente espiritual este reino, como acabamos de decir, no deja sin embargo de ser visible; porque visibles son los miembros que de él forman parte, visibles son los sacramentos con que estos miembros se santifican, y visible fué su cabeza, mientras Cristo vivió en este mundo. Pero nos convenía mucho a los hombres que Jesucristo, nuestro Dios y Señor, después de consumada la obra de la redención de la humanidad, volviera a su Padre, que le había enviado(101); pues como salió del Padre y vino al mundo, así de nuevo dejaría el mundo y volvería al Padre(102), porque si no volvía al Padre, no descendería el Espíritu Paráclito (103), que había de enseñarnos toda la verdad (104). Y Cristo, en efecto, subió al Padre (105), y a la diestra de Dios está sentado (106). Y luego que hubieron transcurrido cincuenta días, en la fiesta de Pentecostés, estando todos los apóstoles congregados en un mismo lugar, repentinamente se oyó como proveniente del cielo un ruido, que parecía de viento fuerte, y dejáronse ver unas como lenguas de fuego, que se iban posando sobre cada

(101) Ioan., 16, 7.—(102) Ib., v. 28.—(103) Ioan., 16, 7.—(104) Ib., v. 13.—(105) Luc., 24, 51.—Act., 1, 9.—(106) Marc., 16, 19.

uno de ellos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo (107).

A partir de este momento, Ven. H. e H. c., quedó en la tierra oficialmente establecida y fundada la Iglesia católica, que había prometido fundar nuestro divino Salvador (108), y que El había adquirido con su sangre (109), y que ya entonces tenía la misma forma y constitución sustancial que hoy conserva; a saber: 1.º una cabeza visible, que era S. Pedro, y después sus sucesores los romanos Pontífices, para que haciendo las veces de Cristo en la tierra la dirijan y gobiernen; 2.º un cuerpo dotado de miembros, que son los fieles, que constante y sucesivamente se renuevan en el transcurso de los siglos; y 3.º el Espíritu Santo, de quien dijo nuestro Señor: Yo rogaré a mi Padre, y El os enviará otro Paráclito, que ha de permanecer por siempre con vosotros (110), y que es espíritu de verdad que nunca os ha de faltar (111), y que os enseñará todas las cosas, y que os inspirará, y os dará a conocer todo lo que yo quiera deciros (112).

Antes, sin embargo, de seguir adelante en la exposición de la materia que venimos tratando convendrá dejar resuelto y aclarado un problema, que aparentemente y a primera vista ofrece alguna dificultad. Nos referimos al problema que

(107) Act., 2,1. y sig. —(108) Mat., 16,18.—(109) Act., 20,28.—
(110) Ioan., 14,16.—(111) Ibid., v. 17.—(112) Ibid., v. 26.

a los católicos se plantea, cuando por una parte se afirma, como lo hemos hecho anteriormente, que la Iglesia católica es visible, y por otra parte, sin embargo, se dice que su cabeza se ha hecho para los hombres invisible desde el día de la gloriosa ascensión de Jesucristo a los cielos (113); siendo por tanto necesario concluir, o que a la iglesia visible de hoy no puede convenir una cabeza invisible, o que, si es Cristo su cabeza invisible, invisible ha de ser también la actual Iglesia cristiana. ¡Oh necia y perversa astucia y sagacidad calviniana! ¿No has leído el Evangelio? Repasa bien sus páginas, y observa cómo nuestro divino Redentor, que había venido a salvar a todos los hombres (114), y no solamente a sus contemporáneos, quiso que la iglesia fundada por El fuera perpétua, y durara por lo tanto hasta la consumación de los siglos (115).

¿Y cómo conciliar esta perpetuidad de la Iglesia con la ausencia de Cristo después de su ascensión a los cielos? Muy admirablemente, como correspondía a la sabiduría infinita de Dios y a su gran misericordia. Porque en primer lugar, la ausencia fué solamente de la humanidad visible de Cristo, ya que su cuerpo ha querido El que con nosotros quedara, real y verdadero, pero invisible, bajo las especies eucarísticas en el sacramento de los altares. En segundo lugar,

(113) Act., 1,9. —(114) I. Tim., 2,4. —(115) Mat., 16,18.

continúa nuestro Señor Jesucristo presente a su Iglesia mediante el influjo de su poder y de su gracia, con que continuamente y todos los días la asiste y conforta (116). Y por último, ha dejado nuestro Salvador un vicario suyo en la tierra para cuando llegara la hora de pasar de este mundo al Padre (117); y este vicario suyo fué san Pedro (118), y después de este sus sucesores los romanos Pontífices. Y aquí teneis ya a la actual Iglesia católica, siempre visible, con una cabeza también visible, sin faltarle además aquella otra cabeza invisible, que es Jesucristo Redentor nuestro, a quien se refieren las palabras que leemos en S. Pablo, cuando dice que nadie puede poner otro fundamento, que no sea el que ya está puesto, Cristo Jesús (119).

VIII.

Ahora, si quereis que examinemos históricamente cómo y cuándo designó Jesucristo a San Pedro para Vicario suyo, sin trabajo podemos hacerlo, Ven. H. e H. c., si os tomáis la molestia de acompañarnos durante unos momentos, que han de ser muy pocos. Porque, si abrimos el primero de los evangelios sinópticos, veremos que estando un día nuestro divino Salvador cerca de

(116) Mat., 28,20.—(117) Ioan., 13,1.—(118) Mat., 16,18.—Luc., 22,32.—Ioan. 21,15. y sig.—(119) I. Cor., 3,11.

Cesarea de Filipo interrogó a sus discípulos diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? Y ellos contestaron: unos dicen que Juan Bautista, y otros que Elías, y otros que Jeremías, y otros que uno de los profetas. Y les replicó Jesús: ¿y vosotros quién decís que soy yo? Tomando la palabra Simón Pedro dijo: Tú. . . tú eres Cristo, hijo de Dios vivo; y respondiendo Jesús le dijo: Dichoso eres, Simón hijo de Juan; y no ha sido ciertamente la carne ni la sangre quien te ha enseñado esto, sino mi Padre, que está en los cielos. Y ahora yo te digo que como eres Pedro, *edificaré sobre esta piedra mi iglesia*, y nada podrán contra ella las puertas del infierno; y te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra ligado quedará también en los cielos, y todo lo que soltares sobre la tierra, suelto quedará también en los cielos (120).

En otra ocasión, muy señalada por cierto, en la noche de la Cena, aprovechando nuestro Señor la oportunidad que se le presentara de mediar e intervenir en un altercado que se suscitó entre los discípulos, como nos refiere S. Lucas (121), porque ninguno de ellos quería ser menos que los demás, y cada uno quería ser más que todos, tomó la palabra Jesús; y con buenos razonamientos les explicó una lección de humil-

(120) Mat., 16,13. y sig. — (121) Luc. 22,23, y sig.

dad, acabando con estas notabilísimas dirigidas a S. Pedro: Simón, Simón, ahora mismo acabamos de ver cómo Satanás se ha metido entre vosotros, para zarandearos como se zarandea el trigo; si no hubiera sido por mis ruegos en favor tuyo hubiera flaqueado tu fe; ahora ya, una vez que te has conservado firme, a tí te corresponde confirmar y fortalecer a tus hermanos. Cristo, pues, resolvió aquella disputa, sentenciando muy a tiempo en favor de la superioridad de S. Pedro sobre todos los demás apóstoles.

Una tercera prueba encontramos en el evangelio de San Juan, en el cual leemos que en uno de los días que mediaron entre la resurrección triunfante de Jesús y su admirable ascensión a los cielos, estando muy próximo ya el del cumplimiento de las promesas, que anteriormente habían sido hechas a S. Pedro, se apareció Nuestro Señor resucitado a algunos apóstoles y discípulos; y dirigiéndose mientras comían a Simón Pedro le dijo: Simón de Juan, ¿me amas más que estos?; y le contestó: Sí, señor, tú sabes que te amo, y le dice: Apacienta mis corderos.—Por segunda vez le preguntó: Simón de Juan, ¿me amas?; y le contestó: Si, señor, tú sabes que te amo, y le dice: Apacienta mis corderos.—Por tercera vez le preguntó: Simón de Juan, ¿me amas? Se entristeció Pedro por ser ya la tercera vez que le preguntaba ¿me amas?, y le contestó: Señor, tú todo lo sabes, y sabes también que te

amo. Díjole el Señor: Apacienta mis ovejas (122).

A la vista de estos clarísimos y elocuentes testimonios de los evangelistas no cabe ya dudar de que nuestro divino Salvador, antes de subirse a los cielos dejó a S. Pedro designado para cabeza visible de la Iglesia por El fundada.

IX.

Una vez que ha quedado explicada en los párrafos que anteceden la naturaleza y vida interior de la Iglesia, y conocidas ya las circunstancias y los detalles de su constitución, réstanos hablaros de su organización y vida exterior, que toda ella, cuanta es, radica fundamentalmente en lo que conocemos con el nombre de jerarquía eclesiástica; y así comprenderemos más fácilmente cómo la Iglesia ha conseguido el beneficio de la perpetuidad, que es prerrogativa que le concedió su divino Fundador. Surge, pues, la jerarquía en la Iglesia de su mismo origen divino, en virtud del cual es preciso que las cosas que son de Dios aparezcan todas ordenadas, como dice el Espíritu Santo (123). Porque no es otra cosa el orden, afirma S. Agustín, que la recta disposición que guardan entre sí cosas o elementos desiguales, que armónicamente se juntan para llenar y realizar una aspiración común (124). La jerarquía

(122) Ioan., 21,1. y sig.—(123) Rom., 13,1.—(124) *De Civ. Dei*, lib. 19., c. 13.

eclesiástica presenta todos los caracteres de una institución divina, en la que los elementos que la integran conducen maravillosamente a un solo fin providencial, magnífico y grandioso, que es la salvación de las almas, mediante un programa claro y sencillo, que se contiene brevemente en estas palabras del apóstol S. Pablo a los fieles de Efeso: Os ruego, en el Señor hermanos, que correspondais dignamente a la vocación con que habeis sido llamados, poniendo mucha solícitud en guardar la unidad de Espíritu por medio del vínculo de la paz. Como sois un solo cuerpo, así haya también entre vosotros un solo Espíritu, como una sola es la gloria que esperais. Unidad de amo y señor, unidad de creencias, unidad de sacramentos, pues uno solo es Dios, uno solo es el Padre de todos, que está sobre todos, por encima de todas las cosas, y en todos nosotros (125 .

Concebid, si quereis, momentáneamente una iglesia a la que no pueda aplicarse, a la que no convenga la unidad de amo y señor, de que habla S. Pablo, y concebireis una iglesia, que no será la iglesia de Cristo. Concebidla después con la unidad de amo y señor, pero sin la unidad de creencias, y concebireis una iglesia, que tampoco será la iglesia de Cristo. Concebidla, por último, con la unidad de amo y señor y con la unidad de creencias, pero sin la

(125) Eph., 4,1. y sig.

unidad de sacramentos, y concebireis una iglesia, que no será la iglesia de Cristo. Porque la iglesia que carezca de unidad de amo y señor llevará el cisma en su seno, y la que se vea privada de unidad de creencias estará corroída y emponzoñada con la herejía, y la que no tenga unidad de sacramentos vivirá sin santificarse; ó lo que es lo mismo, morirá, porque le faltan medios adecuados de santificación.

Y de tal índole y naturaleza es esta trinidad de unidades, que la unidad de sacramentos pende de la unidad de creencias, como la unidad de creencias pende de la unidad de amo y señor, viniendo a ser esta postrera unidad como el centro y punto fundamental de la verdadera iglesia cristiana, que es la iglesia católica, apostólica, romana, columna y firmamento de la verdad y maestra infalible de la fe (126). De otro modo podríamos expresar este mismo pensamiento diciendo que la unidad de amo y señor conserva en la Iglesia la unidad de creencias, así como la unidad de creencias da por resultado la unidad de sacramentos, y finalmente, la unidad de creencias y de sacramentos formará la unidad de redil, aprisco o rebaño, que debe ser apacentado por un solo Pastor (127); el gran Pastor de las ovejas, como le llama S. Pablo (128), o el príncipe de los pasto-

(126) I. Tim., 3,15.—(127) Ioan., 10,16.—(128) Heb., 13,20.

res (129), o el Pastor y Obispo de nuestras almas, como le apellida S. Pedro (130).

Ni la existencia de un Pastor supremo en el cielo es incompatible, como hemos visto anteriormente, con la de un pastor Vicario en la tierra, sino que por el contrario la exige, ni la unidad de pastor se rompe, aunque en la Iglesia católica exista pluralidad de pastores que rijan y apacienten porciones diversas del gran rebaño o colectividad universal que forman los fieles esparcidos por todo el mundo.

Antes bien, siendo imposible que, no solamente el Vicario de Cristo, sino también los apóstoles pudieran por sí atender convenientemente al cuidado y vigilancia pastoral de las numerosas cristiandades, que por causa de la rápida propagación del Evangelio se habían formado ya por todo el mundo, como testifica S. Pablo (131), viéronse frecuentemente obligados a establecer, y oportunamente establecieron, obispos y pastores en diversos lugares y comarcas de la tierra (132). Así leemos que lo hizo el apóstol San Pablo en todo el tiempo de su predicación y apostolado (133); así lo efectuó el evangelista San Juan en las iglesias de Asia, si damos crédito al testimonio de San Ireneo (134), apoyado en los capítulos primeros del Apocalipsis (135); y así en sólidas

(129) I. Pet., 5,4.—(130) I. Pet., 2,25.—(131) Colos., 1,6.23.—
(132) I. Clem. c. 42. c. 44.—(133) Tit., 1,5.—(134) *Adversus haer., lib.*
2. c. 22.—(135) Apoc., 1,2,3.

razones fundados, podemos afirmar que también lo hicieron algunos de los otros apóstoles (136).

No hubieran podido tomar, no hubieran tomado los apóstoles, por iniciativa propia y bajo su responsabilidad personal, medida de tanta importancia y trascendencia, si no hubieran estado facultados para hacerlo; y en ningún caso habríanse atrevido ellos a traspasar los límites de sus atribuciones y de la potestad que de Cristo nuestro Señor hubieron recibido, estando, como estaban, llenos del Espíritu Santo, y gozando, como gozaban, de la prerogativa de la infabilidad (137). A Cristo además fué dada por Dios Padre una potestad absoluta y omnímoda con toda clase de poderes y atribuciones, tanto en los cielos como en la tierra (138); y esta misma potestad es la que El dejó delegada en los apóstoles, cuando les dijo: Como me ha enviado a Mí mi Padre, así Yo os envío a vosotros (139). Es muy natural, por tanto, a la vista de estas consideraciones, que haya afirmado S. Pablo que el Espíritu Santo mismo es quien ha puesto a los obispos al frente de las diócesis, para que rijan y gobiernen la Iglesia de Dios (140). Es muy natural, después de esto, que sea el Príncipe de los apóstoles quien promete la inmarcesible corona de la gloria a los obispos que acierten a apacentar la grey que se les ha confiado conforme a las

(136) *Brev. rom., Hisp., 15. mai.*—S. Hieronymus in lib. *de Scrip-
toribus ecclesiasticis.*—(137) Ioan., 20,22.—(138) Mat., 28,18.—
(139) Ioan., 20,22.—(140) Act., 20,28.

normas que él mismo señala (141). Es muy natural, finalmente, que el Apóstol de las gentes haya querido dejar por sus propias manos trazadas las reglas y líneas generales de conducta a que debe ajustarse un buen prelado y pastor (142), como quería él que fueran Tito y Timoteo, sus discípulos predilectos.

De igual manera, en virtud de las facultades y prerrogativas extraordinarias, que por singular dispensación tenían los apóstoles, concedidas de lo alto, para que hicieran uso de ellas *in aedificationem et non in destructionem* (143), creyeron muchas veces conveniente, y aun necesario, designar, y con mucho acierto designaban, algunos presbíteros o ancianos, a quienes confiaban cierto ministerio y apostolado, que, si algunas veces al leer determinados lugares de la Sagrada Escritura parece igual al que los mismos apóstoles ejercían y desempeñaban (144), pero más frecuente y comúnmente aparece como un ministerio de orden y categoría inferior, un ministerio más limitado y reducido, a los apóstoles en todo subordinado, y de ellos totalmente dependiente en cuanto a su ejercicio y desempeño. Presbíteros de esta categoría colocaron San Pablo y San Bernabé en Listra, Iconio y Antioquía (145); presbíteros de esta clase existían en la

(141) I. Pet., 5,2.—(142) I. Tim., 3,2. y sig.—Tit., 1,7.—(143) II. Cor., 10,8.—(144) Tit., 1,5—I. Cor., 16,10.—(145) Act., 14,22.

cristiandad de Jerusalem, cuando allá llevaron Bernabé y Saulo las limosnas de los cristianos de Antioquía el año que hubo hambre en toda la tierra, siendo Claudio emperador de Roma (146); de este orden eran los profetas y doctores que en la iglesia de Antioquía se llamaban, como dice S. Lucas, Bernabé y Simón, apellidado el Negro, Lucio de Cirene y Manahe (147). De este orden parece que eran Crescente, a quien S. Pablo envió a Galacia, Tito enviado a Dalmacia, Lucas, que quedó con el Apóstol, Marcos, a quien mandó llamar porque le hacía falta para el ministerio y Tíquico, a quien envió a Efeso (148). Presbíteros habían de ser aquellos a quienes Timoteo debía instruir en la fe, según el consejo de S. Pablo, para que una vez capacitados en la doctrina pudieran con fruto enseñar también a otros (149).

No desconocemos, Venerados Hermanos é Hijos carísimos, que en los pasajes de las Santas Escrituras, que acabamos de aducir, Nos es hoy sumamente difícil, por no decir imposible, marcar la línea divisoria que a los presbíteros separaba de los obispos en lo que al ejercicio de las funciones ministeriales se refiere; ya porque en esta materia son poco explícitos los escritores hagiógrafos, ya también porque, perteneciendo esta materia en gran parte a la disciplina ecle-

(146) Act., 11,28. y sig.—Act., 15.—Act., 21,18.—Rom., 15,25. y sig.—(147) Act., 13,1. y sig.—(148) II. Tim., 4,10.—(149) Ibid., 2,2.

siástica, no es extraño que se haya modificado notablemente en el transcurso de los tiempos. Pero lo que sí podemos indiscutiblemente afirmar es que desde los primeros días del cristianismo existieron en la Iglesia estas dos potestades: la presbiterial y la episcopal, pertenecientes ambas al sacramento del orden, perfectamente distintas entre sí, y especialmente instituidas para perpetuar en el mundo la misión y la potestad que se había conferido a los apóstoles (150).

Los mismos Sagrados Libros nos dicen que, no siendo bastante en la Iglesia de Jerusalem el ministerio de los obispos, hubo necesidad de instituir además el de los diáconos. Y en efecto, sabemos por S. Lucas (151) que habiendo aumentado ya mucho por aquellos primeros días del cristianismo el número de los creyentes, comenzaron los griegos convertidos a formular quejas contra los hebreos, fundadas en que las viudas de ellos no estaban suficientemente atendidas en el ministerio cotidiano y en el servicio de cada día. Entonces los apóstoles, habiendo convocado a los cristianos a una reunión, hablaron en síntesis de esta manera: No es razón, hermanos, que por atender a los menesteres temporales dejemos nosotros la predicación de la palabra de Dios. Debeis, por tanto, fijar vuestra atención, y de entre todos los cristianos que os son conoci-

(150) Decreto *Lamentabili*, prop. 50.—(151) Act., 6,1. y sig.

dos debeis elegir siete hombres, que sean de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de prudencia, para que los pongamos al frente de ese ministerio; y de esta manera quedando nosotros más libres podremos más ahincadamente dedicarnos a la oración y al ministerio de la palabra. Como la proposición pareció bien a todos los reunidos, los cristianos procedieron a hacer la elección, y seguidamente llevaron a la presencia de los apóstoles a Esteban, que era hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe y a Prócoro y a Nicanor y a Timon y a Parmena y a Nicolao de Antioquía. Dijeron después oraciones los apóstoles, y a la vez sobre los elegidos impusieron las manos. Y estos son los siete primeros diáconos que hubo en la Iglesia cristiana, ordenados por los mismos apóstoles mediante la imposición de las manos, con la que se confería a los ordenandos la gracia sacramental, la gracia propia del sacramento del orden. Imposición de manos hubo sobre los obispos que crearon los apóstoles e imposición de manos hubo sobre los presbíteros que los apóstoles hicieron.

X.

Acabamos de ver, Ven. H. e H. c., cómo ha surgido en la Iglesia de Cristo nuestro Señor la jerarquía eclesiástica, que, como definió el con-

cilio de Trento, es de origen divino, y consta de obispos, presbíteros y diáconos; sometidos todos al primer obispo de la cristiandad, al obispo de los obispos, al obispo de Roma, que es el romano Pontífice, piedra angular de la Iglesia y centro de unidad; para conservar la cual se nos ha señalado a cada uno de nosotros un puesto diferente, y que varía según la voluntad de Cristo (152). Porque El eligió a unos para apóstoles, y a otros para profetas, y a otros para evangelistas, y a otros para pastores y doctores; y todo ello con el fin de consumar la santificación de las almas por medio de ministerios diferentes, y para edificar el cuerpo de Cristo (153).

Esta jerarquía, de que venimos hablando, se estableció ciertamente en beneficio y provecho de los fieles, a quienes incumbe por su parte la obligación de prestar obediencia y sumisión a los mandatos de la Iglesia, que es el precepto que frecuentemente inculcaron los apóstoles a los primeros fieles, como cuando dice San Pablo: Obedeced a vuestros superiores, y estadles sujetos, porque ellos tienen sobre vosotros una vigilancia tan exquisita y esmerada como corresponde a quienes han de dar cuenta a Dios de vuestras almas (154). Tened presente, amados hijos, que es Jesucristo quien ha dicho solemne y formalmente que el que desprecia a los supe-

(152) Ephes., 4,7.—(153) Ibid., 11,12.—(154) Heb., 13,17,

riores eclesiásticos desprecia a El mismo, y que quien los oye a El mismo oye (155). Tened además un amor entrañable a la Santa Iglesia, que, como madre os ha engendrado en la fe por medio del santo bautismo, e incesantemente os alimenta con el pasto saludable de la verdadera doctrina y con el precioso cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, os sostiene con la gracia de los sacramentos, os conforta con la última unción cuando estais para salir de este mundo, con sus sufragios y oraciones ayuda a los que están detenidos en la cárcel del purgatorio, y trabaja, en fin, por llevarnos a todos a la eterna felicidad de la gloria.

A Nuestro cuidado y vigilancia pastoral ha confiado Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X esta muy amada diócesis de Astorga, que es solamente una porción del gran rebaño de Cristo, de toda la iglesia católica. Temeridad grande sería la Nuestra, si con solos Nuestros trabajos intentáramos dar cumplimiento a Nuestra misión. Bien sabemos que a Nosotros toca principalmente trabajar en la edificación de esta parte del cuerpo místico de Cristo; pero por fortuna Nuestra y para consuelo de Nuestra alma contamos también con la cooperación de Nuestro Cabildo Catedral, que es Nuestro Senado y Nuestro Consejo, y en él esperamos encontrar

(155) Luc., 10,16.

consejeros sabios, prudentes y santos, que con sus meditadas y maduras deliberaciones Nos han de ilustrar en los negocios complicados y difíciles. Nos prometemos además, carísimos capitulares y beneficiados, que con vuestra piedad y vuestro celo por el esplendor del culto y vuestro cuidado en observar con exactitud las sagradas ceremonias de la Iglesia atraereis sobre los fieles abundantes bendiciones del cielo, y estos quedarán santamente edificados, cuando puedan contemplar la solemnidad y suntuosidad de las funciones eclesiásticas que se celebren en Nuestra Santa Iglesia Catedral, que es el primero y principal templo de Nuestra diócesis.

De vosotros, venerables párrocos y sacerdotes todos, esperamos confiadamente que, manteniéndoos fieles a vuestro llamamiento, en virtud del cual como ministros de Cristo dispensais cuotidianamente los sagrados misterios (156) por medio de los santos sacramentos y de la predicación de la divina palabra, habeis de santificar con la santidad de vuestra vida y con el buen ejemplo de vuestras santas costumbres a todos vuestros feligreses, que saben que debeis ser siempre el buen olor de Cristo, conforme a la sentencia del apóstol S. Pablo (157). Y si alguna vez en el desempeño de vuestro laborioso y árduo ministerio tropezais con estorbos y dificultades,

(156) I. Cor., 4,1—(157) II. Cor., 2,15.

no desmayeis ni desfallezcáis. Acudid libremente y con confianza a Nosotros, que dispuesto estamos a ayudaros y a servirlos en todo, acordándonos de que el Hijo del hombre no vino a este mundo a ser servido, sino a servir (158), habiéndose para esto anonadado hasta tomar la forma de siervo El que era igual a Dios (159).

Objeto de Nuestro especial cariño y predilección ha de ser ciertamente Nuestro Seminario Conciliar, donde con cuidadoso esmero y con solicitud verdaderamente paternal se intruyen y se educan los jóvenes aspirantes al sacerdocio, porción escogida y singularmente amada de Nuestro corazón, que constituye Nuestra esperanza y Nuestro más rico tesoro, flores delicadas que conviene con perseverancia y con cuidado cultivar, para que creciendo vigorosas y lozanas lleguen en su día a dar su olor (160), y a ser, como quiere Nuestro Señor, sal de la tierra y luz del mundo (161). Los dignísimos Superiores, que tienen muy acreditada su acrisolada prudencia en el régimen y gobierno del Seminario, así como los doctos catedráticos y maestros, que tienen dadas relevantes pruebas de su superioridad intelectual, trabajarán con Nosotros, así lo esperamos, en esta obra, que Nos es tan grata, con toda la simpatía que les inspirará su amor a la enseñanza y con todo el celo que les sugerirá su espíritu

(158) Mat., 20,28.—(159) Philip., 2,7.—(160) Ecli., 39,19,—
(161) Mat., 5,13.14.

sacerdotal. Hemos consagrado Nuestra vida entera a la enseñanza de la juventud eclesiástica en los Seminarios, y conocemos bien por una muy larga experiencia los provechosísimos frutos que en este orden se pueden conseguir con una voluntad firme y tenaz puesta al servicio de esta santa causa.

No menos fecunda esperamos que ha de ser la labor de evangelización que por medio de la enseñanza, de la beneficencia, del ejercicio de la caridad y de la oración vienen desarrollando en esta Nuestra muy amada diócesis las muy observantes comunidades religiosas de uno y otro sexo en ella establecidas. La enseñanza cristiana de la juventud en los colegios, la asistencia y cuidado de los enfermos en los hospitales, los trabajos apostólicos de los misioneros, el espíritu de oración, de mortificación y de recogimiento, en que viven las personas religiosas en los claustros, y las obras de piedad, de culto y de santificación, en suma, a que se dedican todas, las hacen acreedoras a Nuestro afecto y confianza. Porque están especialmente consagradas al servicio de Dios y a la oración, confiadamente suplicamos a todas el concurso de sus oraciones en favor Nuestro; porque sabemos muy bien que si el Señor no edifica la casa en vano trabajan los que la edifican, y si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente hacen la guardia los que la guardan (162).

(162) Ps., 126, 1. 2.

De las autoridades todas, así de esta ciudad, como de la diócesis entera esperamos fundamentamente eficaz auxilio y cooperación en el desempeño de Nuestro ministerio pastoral; ya porque este proceder es tradicional y clásico en este hidalgo suelo, ya también porque esto es lo que vienen a significar las demostraciones de afecto y simpatía que hemos recibido desde el primer momento en que pisamos tierra de la diócesis astorgana. El entusiasmo y las aclamaciones, que Nos mismo presenciamos al pasar por La Bañeza, y la cariñosa y ferviente acogida, que las autoridades y el pueblo de Astorga Nos dispensaron en la tarde del día 28 de diciembre, así como las repetidas pruebas de respeto y de cariño, que continuamente estamos recibiendo, son feliz augurio de que aquellas Nuestras esperanzas no han de quedar fallidas.

Por esto, con muy íntima satisfacción y regocijo de Nuestra alma aprovechamos esta primera ocasión, amadísimos hijos, para expresaros por escrito y desde este lugar cuán grande fué el consuelo que sobrevino a Nuestro corazón, y cuán amplísimos los horizontes que vió abiertos Nuestra inteligencia, cuando después de descender del tren tuvimos el placer de escuchar la cordial bienvenida que nos dieron todas las autoridades de Astorga en medio de una gran muchedumbre, que Nos rodeaba, entusiasmada y contenta. Os podemos asegurar sinceramente, Venerables

Hermanos e Hijos carísimos, que desde aquel instante mismo Nos quedamos ya obligados a vosotros por intensísimos sentimientos de imperiosa gratitud, que fuertemente Nos impelen a pedir para vosotros de lo más íntimo de Nuestras paternales entrañas abundantes y copiosas bendiciones del cielo. Bajo estos auspicios y con el mayor afecto os bendecimos amorosamente en el nombre del † Padre y del † Hijo y del Espí-ritu † Santo

Dado en Nuestro Palacio Episcopal de Astorga, en la octava de la Epifanía del Señor a 13 de Enero de 1914.

✠ *Antonio, Obispo de Astorga*



Por mandato de S. S. I.
EL OBISPO MI SEÑOR,
Lic. Enrique D. Camarasa,
CAN. MAG. SECRETARIO.

Esta Carta Pastoral será leída al Ofertorio de la misa que se celebre con mayor concurrencia de fieles en dos o tres días festivos.

Publicación de la Santa Bula

De la Comisaría General de la Santa Cruzada, hemos recibido las siguientes letras:

Fray Gregorio Maria, por la misericordia Divina,

del título de San Juan Ante-portam-latīnam, de la Santa Romana Iglesia Presbítero Cardenal Aguirre, Patriarca de las Indias Occidentales, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Capellán Mayor de S. M., Virrey general de los Ejércitos Nacionales, Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Senador del Reino, Comisario General de la Santa Cruzada en todos los dominios de S. M., etc., etc.

Á vos, nuestro venerable hermano en Cristo Padre,
Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Astorga
Salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

Por cuanto la Santidad de León XIII, de feliz memoria, se dignó prorrogar, con fecha quince de septiembre de mil novecientos dos, por el tiempo de doce años, la Bula de la Santa Cruzada, y la Santidad de Pío X, que felizmente gobierna la Iglesia, con fecha veintidós de Enero de mil novecientos siete, por diez años la del Indulto Cuadragesimal, bajo las bases de que el producto de la primera se había de destinar á las atenciones del culto divino, y el de la segunda á obras de caridad y beneficencia, y que los señores Obispos fuesen administradores natos, sin dependencia alguna laical, en sus respectivas diócesis.

Por tanto, daréis las disposiciones que creáis convenientes para que en vuestra Iglesia Catedral sea recibida dicha Santa Bula y publicada con la solemnidad que corresponde, á cuyo objeto os remitimos el adjunto Sumario de las facultades, Indulgencias y privilegios otorgados por aquella concesión apostólica. Asimismo dispondréis que los señores Curas párrocos de vuestra Diócesis hagan la predicación en el tiempo y forma

que sea de costumbre, y para que las personas que nombrareis para la expendición de Sumarios y coleccion de limosnas se arreglen á las instrucciones que les diereis.

La limosna que está señalada para cada clase de Sumarios es la que en los mismos se expresa, y que deben satisfacer las personas que los tomaren, según sus categorías sociales y renta de que disfruten, quedando derogados cualquier privilegio o costumbre en contrario. Por la Bula de Ilustres, *cuatro pesetas cincuenta céntimos*. Por la común de Vivos, *setenta y cinco céntimos de peseta*. Por la de Difuntos, *setenta y cinco céntimos de peseta*. Por la de Composición, *una peseta quince céntimos*. Por la de Lacticinios de primera clase, *seis pesetas setenta y cinco céntimos*. Por la de segunda clase, *dos pesetas veinticinco céntimos*. Por la de tercera clase, *una peseta quince céntimos*. Por la de cuarta clase, *cincuenta céntimos*. Por la de Indulto cuadragesimal de primera clase, *nueve pesetas*. Por la de segunda clase, *tres pesetas*. Por la de tercera clase, *cincuenta céntimos*.

Dado en Toledo a primero de octubre de mil novecientos trece.

El Comisario general Apostólico de la Santa Cruzada,
† Fr. Gregorio María Cardenal Aguirre,
Arzobispo de Toledo.

Por mandado de Su Emcia. Rvma.
el Comisario general de la Santa Cruzada,
LIC. PEDRO CADENAS Y RODRIGUEZ,
Canónigo-Secretario.

En su virtud venimos en disponer y disponemos que se publique y sea recibida la Santa Bula en esta nuestra S. A. I. Catedral y en las parroquias del Obispado en el día y con la solemnidad de costumbre.

Al efecto los señores Párrocos y encargados de Iglesias invitarán a las autoridades locales para que contribuyan al mayor esplendor del acto, y explicarán a los fieles las gracias y privilegios que por la Bula se digna conceder Su Santidad a los católicos españoles, exhortándoles a que tomen los Sumarios que sean precisos para aprovecharse de dichas gracias y privilegios.

Astorga 14 de Enero de 1914.

† ANTONIO, OBISPO DE ASTORGA.

Secretaría de Cámara y Gobierno.

Circular núm. IV.

No siendo posible a nuestro Itmo. y Rvdmo. Prelado contestar por sí mismo, como desearía, a las muchas felicitaciones que ha recibido tanto con motivo de su entrada en la capital de la diócesis, como con ocasión de las festividades de Pascua y Año nuevo, me ordena haga público en este BOLETÍN la expresión de su sincero reconocimiento ante tan valiosas pruebas de respeto y filial amor, por las cuales bendice a todos paternalmente.

Astorga 15 de Enero de 1914.

Lic. Enrique V. Camarasa,

Can. Magistral, Secretario.